

de interrogar a los monjes, de seguir sus trabajos y sus asuetos, de asistir a sus oraciones, a sus ceremonias religiosas y hasta le es dado, en esta ocasión, presenciar la santa muerte de uno de ellos. Todo viene intercalado de una magnífica serie de fotografías, entre las cuales no son ciertamente las dos que en diferentes posturas ofrece del San Bruno de Pereira, las menos impresionantes. El periodista ha traspasado los umbrales de este recinto donde es patente, hoy quizás más que nunca, que «en tanto el mundo gira, la Cruz permanece». Halla en él, ante todo, ese frío tremendo, que en la invernada burgalesa, tiene aterida a la cartuja de Miraflores. Pero, bien pronto, halla, bajo un tibio sol, el calor interior que irradian estos monjes enervados y cordiales, llenos de amor a Dios y al prójimo. Estos hombres que renunciaron a las comodidades del siglo —y que, en algunos, fué un considerable renunciar, pues que poseían muchos bienes, como el joven del Evangelio—, han elegido, entre todos los monasterios, quizás el más bello en su recogimiento artístico. Es el único goce —con la contemplación de la naturaleza— que se reservaron, en su total desprendimiento..., y González observa hasta qué punto la exclusiva dedicación les hace, finalmente, indiferentes a todo recreo de los sentidos: hasta al más elevado y más lícito. Halla esas almas, candidas, sosegadas porque acertaren a revestirse las armas de la luz, según aquella maravillosa expresión del Apóstol. Y, en sus albos hábitos, advierte la armonía de movimientos que únicamente logra la suprema serenidad interior; ni la muerte consigue alterar el espíritu de quienes viven, como «nacidos para morir», en su espera: hacia el mundo tampoco habrá de descomponer un sólo pliegue. Este silencio del cartujo parece una consecuencia, más aún que un árduo propósito: todo es, en él, tácito. Por eso el peregrino encuentra, en ese ambiente, hueco donde reposar su fatiga: recogimiento retraído y afable caridad de quienes edifican, con su paz, a los demás hombres. «Mi paz os dejo; mi paz os doy», decía el Señor. «Yo vuestra paz os dejo, y me deja», piensa el visitante, que no ha de hallar ya otra, al alejarse. Pero, antes de partir, ha visto enterrar a un cartujo, y ponerle una Cruz de madera, sin inscripción. Este cartujo entra en el olvido; no renunció a la santidad, pero sí a la santificación: «porque, por este monje ejemplar que vivió y murió en loor de santidad, la Cartuja no elevará preces de beatificación ni canonización». Pero él sabía que Dios le ha visto. Y muere lleno de contento, con su fe puesta en la Resurrección de la carne y en Dios que conoce su sacrificio.

M. de *MONTESA*

LA EVANGELIZACION DE MINDANAO

En estos agitados tiempos en que se disputan los americanos y nipones, con encarnizada lucha, los despojos gloriosos de nuestras Antillas orientales, es grato recordar la historia pacificadora de la colonización española en el archipiélago filipino.

El archipiélago filipino lo constituyen millares de islas con un total de doce millones de habitantes. Los dos extremos, septentrional y meridional del archipiélago, los forman sus dos islas mayores: Luzón, con cinco millones

y Mindanao, con un millón de habitantes. Descubrió el archipiélago filipino Magallanes, en 1521, y lo colonizó Legazpi en 1564, y la colonización española perseveró en Filipinas por más de tres siglos hasta el año 1898.

El pueblo español legó a la noble nación filipina su cultura, su lengua, su sangre, y, sobre todo, su fe. España puede mostrar con orgullo a la faz del mundo entero, en las lejanías del Pacífico, una obra magna, la evangelización perseverante de un pueblo malayo de diez millones de católicos, nación única católica del Oriente. Cerca de cuatro siglos de luchas y agitaciones, las guerras coloniales, los embates de las sociedades secretas, el cisma agripagano, el laicismo, el shintoísmo, el protestantismo, han atentado en vano destruir los surcos abiertos por los misioneros españoles, y singularmente por el más grande de todos ellos, San Francisco Javier; una tradición extendida y secular atribuye al Santo la evangelización inmediata de la isla de Mindanao, y negarla equivaldría a desgranar de las sienes del apóstol de las Indias, una perla refulgente de su corona.

Niegan la evangelización filipina de San Francisco Javier los P. P. Pío Pí, Brou, Repetti y el más eminente de los xavierógrafos P. Jorge Schurhammer

El P. Pío Pí, Superior de la Compañía de Jesús en la Misión de Filipinas, en su discurso acerca de «La venida de San Francisco Javier», impreso en Manila en 1909, afirma, entre otras razones, que Ternate dista de Mindanao más que las sesenta leguas asignadas por el Santo; que no tuvo tiempo material para la travesía, que no quedó su huella impresa en Mindanao.

El P. Brou, en su Vida de San Francisco Javier, se limita a afirmar que la evangelización xavierana es una de tantas leyendas populares que siguen imprescindiblemente a todos los personajes del Oriente, pero no aduce razón alguna para comprobarla, sino que se remite al discurso del P. Pío Pí.

El P. Repetti, en su obra *Saint Francis Xavier in Maluco*, (Manila 1936), con el título de «St. F. Xavier and the Philippines», discute y rebate la tradición xavierana de la evangelización de Mindanao. No hemos podido haber esta obra por la dificultad de comunicación con el Oriente.

Finalmente, consulté la cuestión con el príncipe de los xavierógrafos, el R. P. Jorge Schurhammer, y me contestó atentamente desde Roma, con fecha de 25 de Enero de 1940, diciéndome de esta manera: «He leído todos los documentos del archivo de la Compañía de Jesús anteriores a Mastrilla, que son muchos, y no he encontrado ni una sola palabra sobre el viaje de Javier a Mindanao».

Antes de exponer las razones favorables a la evangelización xavierana de Mindanao, vamos a responder a las dificultades. Al P. Pío Pí, responde satisfactoriamente el P. Francisco Apalátegui, en sus «Empresas y viajes apostólicos de San Francisco Javier» (pp. 165-171): La distancia asignada desde Ternate a las islas del Moro, debe entenderse, no en relación a la isla última de Mindanao, sino a las anteriores. Y respecto de las distancias, es de adver-

tir que en aquellos tiempos y mares desconocidos, no existían. los mapas marítimos modernos para computar con exactitud las distancias.

A la dificultad de la falta de tiempo, responde con un itinerario precioso, día por día y mes por mes, al cual remitimos a nuestros lectores. Y asigna a la expedición la duración total de cinco meses.

Finalmente, al argumento de la huella imperceptible xavierana en Mindanao, se remite el benemérito xavierógrafo al P. Pastells, quien supone que Javier, funcionario del Rey de Portugal, procuró prudentemente ocultar su personalidad en su evangelización de Mindanao para evitarse odiosidades con la Corona de Castilla; y añade el eminente orientalista de Filipinas, que el paisaje, el volcanismo, la etnografía, hasta los vocablos mismos dialectales de las cartas xavieranas, se traducen a maravilla en las riberas marítimas de Davao, extremo meridional de la isla de Mindanao.

Nada diremos de las dificultades aducidas por los P. P. Brou y Repetti, porque el primero, no aduce más razón positiva que remitimos al discurso del P. Pío Pí, y el libro del segundo, no he podido haberlo por las dificultades de los tiempos.

Resta responder al argumento final de mi maestro, el Rvdo. P. Jorge Schurhammer: «No existe documento alguno primitivo en el archivo de la Compañía que mencione el viaje de Javier a las Filipinas». Reconozco la fuerza del argumento y la autoridad eminente de su autor. Esto es verdad; pero fuera del archivo de la Compañía, hay dos documentos primitivos que asesoran la tradición: uno, la Bula de Urbano VIII, y otro la carta de San Francisco Javier de 20 de Enero de 1548.

Afirma la tradición xavierana de la evangelización filipina: El P. Marcelo Mastrilli, fundador de la «Novena de la Gracia» y mártir del Japón, que predicó esta doctrina en Filipinas, lo que incluye la cristiana tradición xavierana en la primera mitad del siglo XVII.

Afirma la tradición xavierana el P. Antonio Astrain, que, en su «Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia de Castilla» (I, 472), dice que la tradición xavierana es probable.

Afirma la tradición xavierana, el P. Francisco Apalátegui, que en su obra ya citada, afirma «que todo induce a creer que es fundada la evangelización de Mindanao».

Afirma la tradición xavierana, el P. Pablo Pastells, notable orientalista de Filipinas y coetáneo y sobreviviente del P. Pío Pí, que defendió constantemente la opinión positiva y la dice «cierta» («Siglo de las Misiones», 1923, pp. 108-110).

Finalmente, el fundamento principal de la evangelización xavierana de Filipinas, consiste en las cartas del Santo y la Bula de Canonización del Papa Urbano VIII. El Santo habla de las Islas del Moro en sus cartas de 10 de Mayo de 1546 a sus compañeros de Goa y Europa; y en su carta de 20 de Enero de 1548 a sus compañeros de Roma. En esta, afirma el Santo: «Pasados tres meses partí de esta ciudad de Maluco para unas islas que están 60 leguas de Maluco, que se llaman las Islas del Moro». Y, después de

referir su evangelización, termina así: «Yo después de haber visitado todos los lugares de cristianos de estas islas, torné otra vez para Maluco» .

El nombre de Islas del Moro, es un convencionalismo xavierano desconocido en los modernos Atlas geográficos. Son Islas de Moros, como dice la letra, que se extienden más allá de Ternate hasta el extremo oriental de la dominación portuguesa. Y esta denominación xavierana conviene a Mindanao, isla del Moro por excelencia. No he podido comunicarme con eruditos de Filipinas, aunque lo he procurado, por las dificultades de los tiempos; pero me he comunicado con personas de mi mayor confianza, perfectamente conocedoras del archipiélago filipino. Aquí, en este Colegio de San Francisco Javier, he tenido ocasión de tratar acerca de la etnografía mindanaense, con el doctor Letrado, mi buen amigo D. Manuel Robira, que moró varios años en las Filipinas, con el cargo de Registrador de la Propiedad, y me afirmó que la Isla de Mindanao es de Moros.

Semejantemente, pasó por este Colegio un activo propietario, D. Félix Ros, navarro, que recorrió el archipiélago filipino y tiene bienes en aquellas tierras; este señor, me repitió la misma afirmación: que la etnografía de Mindanao es de estirpe mora, muy distinta de las restantes islas y la isla de Luzón. Es decir, que a Mindanao le conviene eminentemente la denominación del Moro.

También le conviene a Mindanao, eminentemente, ser isla extrema de la dominación portuguesa: en Mindanao convergieron los dos círculos máximos de las conquistas europeas de Portugal y España por Oriente y Occidente, y alegando ambas naciones iguales derechos para sus dominación, resolvieron el litigio por las armas, que se resolvió en favor de España en 1563.

Que el archipiélago xavierano del Moro comience en Gilolo, es sentencia común; la dificultad consiste en probar que termina en Mindanao: Mindanao dista de Gilolo unas cien leguas, distancia pequeña para las excursiones de Javier. El Santo había marchado a la Oceanía para visitar las cristiandades suscitadas por los portugueses. En Mindanao, había cinco de estas cristiandades: Seligao, Seligan, Butuain, Pimilarán y Comiguin; esto lo sabía el Santo, que se cuidaba mucho del mapa cristiano de la India, tanto por los portugueses de Ternate como por los españoles de Villalobos, distaba tan sólo un salto de mar. Javier, que protestó en Ternate que se iría a nado a Gilolo, si se le negaba embarcación, ¿por qué se negó a visitar a Mindanao? Esto parece repugnar al espíritu del Santo. Y lo que es más extraño todavía, en vez de mostrar el Santo algún sentimiento o contrariedad por tan lamentable omisión, les escribe así, muy tranquilamente, en la carta predicha, a sus Hermanos de Roma: «Yo después de haber visitado todos los lugares de *cristianos de estas islas* torné a Maluco». ¿No es verdad que de haber excluido el Santo a Mindanao en esta citación, la citación parecería contradecir al espíritu del Santo y a la misma llaneza de sus cartas? A mí me parece este documento epistolar tan expresivo, que de no haber otra directa información bastaría para dar margen a la citación a la Bula de Urbano VIII, con que ponemos fin a nuestro trabajo.

La Bula de Urbano VIII, documento primitivo del Santo, que se publicó

a los sesenta años de su muerte, cuando aun existían testigos inmediatos del apóstol, dice así: Javier fué el primero que evangelizó a los paravas, malayos, jaos, acenos, mindanaos, malacenses, japoneses; es de advertir que los jaos y los acenos eran pueblos vecinos de las posiciones portuguesas y enemigos irreconciliables de Portugal; los jaos llegaron a cercar con grande aprieto la ciudad de Malaca, y Ataide pretextó el peligro de su invasión para secuestrar la nave de San Francisco Javier. Los acenos hacían presa de los barcos portugueses en el mismo puerto de Malaca, y Javier tuvo que predicar una cruzada para derrotarlos. Es decir que jaos y acenos, estaban muy próximos a Javier, y tenía que conocerlos y tratarlos por lo menos en las cárceles y prisiones, que tanto el Santo frecuentaba; pero Mindanao no era un pueblo próximo, sino distante quinientas leguas de Ternate; no le visto tampoco en ninguno que fuera en aquel tiempo un pueblo de mercados y piratas; por consiguiente, si Javier no visitó personalmente la isla de Mindanao, parece quedar mal parada la citación de la Bula de Urbano VIII.

Y no se diga que unas moras de Mindanao se casaron con unos portugueses de Ternate, y que por esto fué el Santo el primer apóstol de los mindanaos, porque este motivo de la Bula hay que probarlo, y parece pequeño, porque las moras de Mindanao, dada la distancia, serían pocas, y además, medio portuguesas por el matrimonio contraído, y ya catequizadas por otros para casarse; y además, la razón prueba demasiado, porque semejantemente habría en la urbe portuguesa de Terante, moros de Tidove, de Batchian y de las Celebes y otras muchas islas más próximas a Ternate; y, por tanto, en mayor número casadas con portugueses, que también tratarían, dada la fama del Santo, con San Francisco Javier; y esto haría multiplicar la primacía del apostolado de Javier de una manera indefinida, según la citación de la Bula.

Hemos expuesto a los cultos lectores de «El Príncipe de Viana», los argumentos y dificultades de la evangelización de Mindanao por San Francisco Javier. Las razones contrarias, son fuertes y nos merecen todo respeto, por su solidez intrínseca y extrínseca autoridad; pero queda, también, fuertemente defendida la evangelización xavierana de Mindanao, último y glorioso baluarte de las conquistas de Javier en el extremo Oriente.

Guillermo *UBILLOS*, S. J.